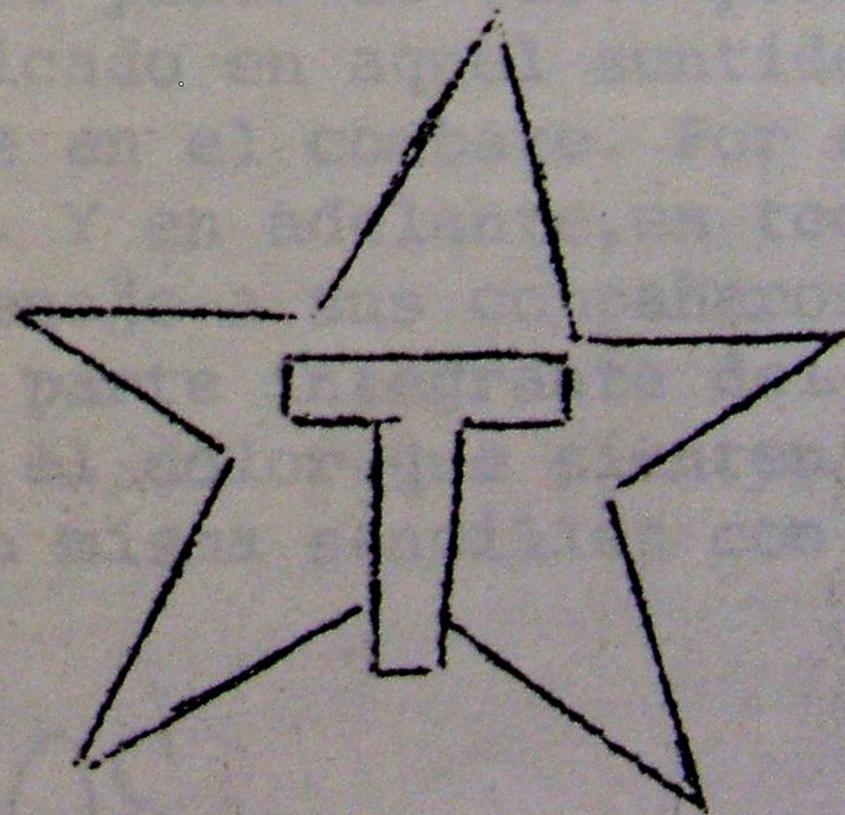


NUESTROS

MUERTOS



Desde 1962, año en que comenzaron a actuar los primeros grupos clandestinos, hasta la actual conformación del MLN, se extiende un proceso de lucha al que muchos hombres y mujeres de nuestro pueblo han aportado su es fuerzo.

Algunos han caído para siempre en esa lucha, abriendo camino, predicando con el ejemplo de su propio sacrificio. Otros, que también aportaron lo mejor de sus días, han dejado de existir por causas ajenas a la lucha nuestra. Todos ellos, dejaron su trabajo y su ejemplo en la Organización y quedaron unidos para siempre a ella.

Los hechos que se desencadenaron el 22 de diciembre de 1966, aparte de lo que implicaron para el MLN desde el punto de vista político y organizativo, tuvieron un particular significado en aquel sentido: allí la Organización perdió su primer militante en el combate. Por esta razón la fecha adquirió un contenido especial. Y en adelante, en todos los 22 de diciembre, los Tupamaros rendirán homenaje a sus compañeros muertos.

Los recordamos siempre, porque son parte integrante del MLN, y los recordaremos especialmente ese día, con el dolor que sienten los revolucionarios por sus hermanos caídos, con la misma sencillez con que ellos vivieron y lucharon a nuestro lado.

NUESTROS MUERTOS

"...los orientales habían jurado en lo hondo de su corazón un odio irreconciliable, un odio eterno, a toda clase de tiranía; y que afrontarían la muerte misma antes que degradarse del título de ciudadanos, que habían sellado con su sangre..." Estas líneas que dirigiera el Jefe de los Orientales al Gobierno del Paraguay, son su legado y nuestro patrimonio.

Y si la tiranía es la misma y el despotismo es el mismo; si la tierra es de los mismos y son los mismos despojados los que la reclaman; también serán las mismas armas las que se vuelvan a empuñar, y la bandera será la misma, y la misma consigna de Artigas será la nuestra: "nuestro propósito debe ser morir con gloria o acabar con los tiranos".

Por esa consigna y esa bandera el 22 de diciembre de 1966 se derramó sangre de esta nueva generación de tupamaros. Aquel día cayó Carlos Flores. Después fue Mario Robaina; luego Edelmar Ribeiro, Jorge Salerno, Ricardo Zabalza, Alfredo Cultelli, Indalecio Olivera, Fernán Pucurull, Carlos López, Roberto Ron, Juan Carlos Larrosa.

Son nuestros muertos. Son, con su muerte, más razones para seguir combatiendo. Y cuando nos toque, si nos toca, tendremos su ejemplo para caer con la misma dignidad, con las mismas armas, con la misma bandera, con la misma consigna.

Porque en una revolución, cuando es auténtica, se triunfa o se muere.

LIBERTAD O MUERTE

EDUARDO PINELLA

El 13 de agosto de 1963, una noticia policial daba cuenta de un accidente de trabajo. Eduardo Pinella, un obrero que efectuaba reparaciones en el Hospital de Clínicas, cayó de su andamio y encontró la muerte. El hecho tuvo la cabida de tantos otros, en las columnas de la prensa. Pero en el barrio de La Teja fue algo más que un desgraciado suceso común. En el velatorio y entierro de Pinella se congregó una cantidad enorme de gente. En los asistentes, no solo había un sentimiento de dolor por la muerte de un buen muchacho del barrio; despedían a un luchador social, a un joven que se había ganado el respeto y la simpatía del vecindario por su acti-

actividad en favor de la causa popular. Entre ellos, un núcleo de jóvenes militantes despedía al compañero de lucha, al dirigente y fundador de uno de los grupos de los que más adelante se conocería con el nombre de Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros).

De familia humilde, Pinella sólo pudo recibir en su niñez una muy escasa instrucción. Pronto tuvo que trabajar y se desempeñó como obrero ladrillero, carpintero, albañil. Pero a pesar de su trabajo, buscó tiempo para dedicarse a una lectura intensa, que fue ampliando sus conocimientos y su claridad política.

Encontró su lugar de militancia en una organización política de izquierda, el M.R.O., y aportó allí sus mejores energías. Estaba en las pegatinas, en las tareas de propaganda, en las reuniones de organización, aprovechando minuto por minuto el tiempo de que disponía fuera de su ocupación laboral; le restó horas al sueño para poder rendir al máximo en su militancia.

Hubo que instalar un local para las actividades del núcleo que él formó en el barrio, y allí estuvo al frente, consiguiendo el predio, consiguiendo de la manera que se pudiera los materiales necesarios, impulsando y trabajando en la construcción del local, hasta que estuvo terminado.

Hacia octubre de 1962, el núcleo se disgrega a causa de una serie de divisiones políticas que afectaron a la izquierda en el proceso pre-electoral. Pinella fue a buscar a los compañeros uno por uno, les habló, los convenció, y pronto el grupo estuvo reconstituido. Se trata ya de uno de los embriones del movimiento tupamaro. Los "compañeritos", como él les decía, no podían sustraerse fácilmente a la autoridad que Pinella ejercía

sobre ellos. Había ganado esa autoridad moral, predicando con su trabajo, con su completa entrega a la tarea militante. No era raro verlo hacer es esfuerzos enormes por mantenerse despierto en una reunión nocturna y, en alguna oportunidad, caer dormido por el cansancio.

El 31 de julio de 1963, un grupo revolucionario expropia armas en el local del Tiro Suizo, departamento de Colonia. Fue la primera gran experiencia de acción armada. Allí estuvo Pinella y dejó el sello de su compañerismo y decisión. Realizada la toma de las armas, un compañero que llevaba un cajón muy pesado, se quedó en un monte de las cercanías, porque no tenía fuerzas para transportarlo. Constatada la ausencia del compañero, Pinella no duda un instante. Vuelve sobre sus pasos, encuentra al rezagado y lo ayuda con la carga. Junto con él, sale nuevamente de la zona de la acción.

Después de Tiro Suizo se abrían nuevas perspectivas para el trabajo del los grupos clandestinos; nuevas perspectivas que implicaban mayores obligaciones. El núcleo de Pinella había crecido y su independencia respecto a otras organizaciones políticas ya era total. Se discute la necesidad de que los militantes dediquen todo su tiempo disponible, al trabajo del núcleo. Pinella está terminantemente decidido en esa posición. No era una concepción nueva en él. Hacía tiempo que tenía muy clara la idea de la lucha armada como única vía para la transformación social. Durante un tiempo había estado ahorrando dinero de su escaso sueldo; y el destino de esos ahorros fue la compra de un arma.

Muy pocos días después de aquella discusión sufrió el accidente que terminó con su vida. Su criterio prevaleció y la práctica demostró muy pronto la validez de esa concepción.

Y el nombre que inmediatamente adoptó el agrupamiento fue extraído de los apuntes personales del compañero muerto: se llamó MAC (Movimiento de Apoyo al Campesino).

El sacrificio del compañero Pinella se materializó en un pujante movimiento, que en muy poco tiempo, ya en 1964, estuvo en condiciones de llevar a la práctica una buena cantidad de acciones y más adelante, ya con el nombre de M.L.N. (Tupamaros) se constituyó en la fuerza política que todos conocen.

El militante que estaba en todas las tareas, el "hombre orquesta" de ese núcleo clandestino, murió como consecuencia directa de su entrega a la tarea revolucionaria. Su agotamiento físico provocó el accidente fatal.

Los cronistas que dieron la mala noticia aquella tarde de agosto de 1963, no sabían que el movimiento tupamaro había perdido allí a uno de sus primeros dirigentes.

CARLOS FLORES

Toda la vida de este compañero está ligada al barrio La Teja, donde nació de una familia muy modesta. Su padre era un policía del grado más bajo del escalafón. Tuvo Carlos que hacerse cargo de sus dos hermanos menores. Tuvo que dejar sus estudios, cuando estaba cursando los primeros años del liceo y empezó a trabajar, primero en una despensa, luego como oficinista en una barraca; cuando se produjo su muerte era empleado del diario Epoca.

Integrada^a las inquietudes de su barrio, fue el nervio motor en la organización de las fiestas populares con que la Teja cerraba el año de los pobres: reparto de juguetes entre los niños, trineos iluminados, enormes armatostes de papel pintado y un Papá Noel proletario, que arengaba a los vecinos desde lo alto de una chimenea de cartón.

En ese mismo barrio, Flores inició su militancia política, vinculándose al M.A.C. Allí vivió de cerca la experiencia de la Segunda Marcha Cañera a Montevideo, conoció a otros militantes y empezó a participar en las actividades del grupo.

Tuvo desde el comienzo un marcado interés por superar su falta de información en materia política. Ansiaba aprender, perfeccionarse, para poder rendir más en su militancia. Muy pronto adquirió una concepción clara de la ubicación del militante revolucionario respecto de sus intereses personales. Hipotecó en la lucha, con plena conciencia, cosas que le eran muy queridas; se había casado muy joven y tenía tres hijos cuando murió.

Desde su puesto de militante de base participó en el período de intensas acciones y discusión interna que procesó la organización clandestina durante 1964 y primeros meses del 65, que la llevaron a la consolidación y adopción definitiva del nombre con que se la conoce hoy.

Actuó en varias operaciones, demostrando responsabilidad y buen dominio de sus nervios, actitudes que seguramente habrían hecho de él, un cuadro de valía.

El 22 de diciembre de 1966, en momentos en que se preparaba una acción, la camioneta donde viajaba con otros compañeros fue descubierta por la policía.

Un patrullero se les ruza en el camino, cerrándoles⁽⁷⁾ el paso. Zafan al en-
cierre intercambiando disparos, pero el patrullero los persigue a corta
distancia y muy pronto se refuerza la persecución con otro vehículo pol-
licial. Situados en la caja de la camioneta, Flores y otro compañero res-
ponden al fuego enemigo hasta que el vehículo choca contra un árbol. A-
llí los dos bandos toman posiciones y rápidamente recrudece el tiroteo;
todos los demás compañeros logran burlar el cerco, pero Flores no alcan-
za a salir de la camioneta. Recibe dos balazos y muere instantáneamente.

Tenía la preocupación de no estar dando el máximo de sus posibilida-
des para la Revolución. Con esa íntima preocupación murió el primer
tupamaro caído en combate contra las fuerzas represivas, bajo la crítica
dura y sucia de la asustada prensa reaccionaria y ante la sorpresa de
amplias capas del pueblo que aún no alcanzaban a comprender el nuevo fe-
nómeno que emergía con la aparición pública del M.L.N.

EN TODA REVOLUCION

CUANDO ES AUTENTICA

SE TRIUNFA O SE MUERE

MARIO ROBAINA

Cayó bajo las balas de la represión en los sucesos posteriores al 22 de diciembre de 1966.

Nacido en La Teja, de un ambiente muy humilde, pasó los primeros años de su juventud en una pobreza absoluta. Siendo muy joven, se largó a una vida independiente, en la que alternaron los períodos de trabajo y de desocupación. Fue herrero, albañil, obrero en una barraca. En esa lucha por la vida se fueron gestando su personalidad y su conciencia de clase. Sus inquietudes lo llevaron a participar en actividades de un centro barrial y posteriormente se integró al grupo de Pinella.

Se quedó a vivir en un galpón del predio donde se instaló el local del grupo y participó en los trabajos de construcción del mismo. Siguió viviendo allí después de terminados esos trabajos, encargándose entonces del cuidado del local y de la ejecución de una serie de tareas internas.

Comenzó así su trabajo silencioso en la Organización; un trabajo en el que dio todo su esfuerzo sin pedir nada que favoreciera su comodidad personal. Siendo clandestino, no pocas veces olvidó incluir entre los pedidos de abastecimiento para su local de trabajo, el dinero que necesitaba para vivir.

Las tareas del local no le impidieron participar en acciones armadas. Demostró en ellas una estricta disciplina y encaró con suma meticulosidad el estudio de la parte que le correspondía desempeñar. Tenía un defecto en la forma de hablar -que le valió el apodo de "tarta" - y en varias oportunidades debió permanecer callado durante la acción, para no dar pistas que identificaran al grupo.

Eso lo obligó a un especial autocontrol que siempre logró mantener, poniendo en ello tal empeño que en alguna ocasión su manera de actuar dio lugar a situaciones bastante cómicas.

En 1955, a raíz de una operación, es identificado por la policía y debe pasar a la clandestinidad, bajo la apariencia de un delincuente común. Antes de la acción se había previsto ese posible resultado, pero Robaina no tuvo dudas en afrontar las consecuencias, a pesar de que debía separarse de su compañera y de una hija de pocos meses de edad. Era una manifestación más de su humilde entrega a la causa revolucionaria; la misma actitud que poco tiempo más tarde le hizo sufrir un accidente de tránsito que casi le cuesta la vida.

Como clandestino pasó a trabajar en un taller de la Organización, en la calle José L. Terra. En su afán de "ser útil" hacía arreglos para los vecinos, todos ellos de posición económica modesta, cobrando una suma irrisoria o simplemente sin cobrar nada. Su simpatía y su afecto por los niños, en los que producía rápidamente una especial atracción, completaron en el nuevo barrio, el marco de cordialidad de que en todos lados lo gró rodearse. La presencia de un perro, una víbora y un pingüino en el taller, mostraba otra de las inclinaciones de Robaina. En fin, fueron todas esas facetas de su personalidad simpática y cordial las que provocaron el gran chasco a los cronistas ávidos de revelaciones sensacionales, cuando en diciembre de 1966 después del allanamiento al taller, reportearon a los vecinos de aquel barrio.

Robaina pasó luego a trabajar en una chacra de la Organización, donde

cumplió sus tareas con la misma eficiencia y dedicación de siempre. Vivía en una choza de paja y cuidaba un criadero de aves que él mismo había contribuido a construir. Allí encontró la muerte el 27 de diciembre de 1966

La chacra estaba destinada a refugio seguro de compañeros, en caso de apremios graves. Enterado de los sucesos del 22 y cumpliendo con una resolución tomada con anterioridad, Robaina se va de la Chacra. Pero seguía en su preocupación de que los compañeros pudieran precisar el local. Eso lo hizo volver los días siguientes, en incursiones nocturnas que aprovechaba para prestar atención a las aves. Tampoco se resignó a esperar en el monte, pensando que podrían producirse desencuentros. El 27 de diciembre la policía llegó a la chacra y lo sorprendió en su choza. Cuando el comisario penetró al rancho, alumbraba con su linterna al "Blandengue" que estaba acostado en el catre. Robaina permanece escondido detrás de un ropero. Cuando Silveira da orden de vestirse, martilla la metralleta. Robaina, creyendo que le va a tirar al Blandengue, dispara contra el Comisario. Al sentir los tiros, los policías de afuera tiran al barrer, por lo que se presume que pueden haber rematado de esa manera a Silveira Regalado. Hay serios indicios de que Robaina lo hayan asesinado después de preso, porque intentaron hacer lo mismo con el Blandengue, a quien lo salvó la llegada del juez.

Así murió Mario Robaina, por un exceso de responsabilidad, en su precaria vivienda, cuidando el patrimonio de la Organización y tratando de servir a sus compañeros.

EDELMAR RIBEIRO

El nombre quizás resulte desconocido, incluso para muchos de sus compañeros más cercanos, porque siempre lo llamaban el "Negro Veio". El color de su piel y su estatura diminuta que lo hacía confundir con muchachos de mucha menor edad que él, fueron la causa del apodo.

Nació en Artigas y fue criado por una familia de posición económica bastante desahogada. Eso le permitió instalar un tallercito de zapatero, que le daba para vivir sin demasiados problemas. Conflictos de familia lo llevaron a dejar el taller en 1951 y allí comenzó su peregrinaje por los lugares de trabajo zafrales del norte. El "Negro Veio" se hizo "peludo".

Comenzó trabajando en la zafra de ese año en El Espinillar, estuvo después en Cainsa, en Azucarera Artigas, en las remolacheras de Paysandú, en las plantaciones de caña y arroz de Perroni y aún en las plantaciones de Itaquí al otro lado de la frontera. En fin, llevó la vida de los dos los peludos, soportando la cruda explotación de los patrones de turno, deambulando en busca de la zafra, padeciendo hambre y miseria en las aripucas.

Pensaba que en esas condiciones de vida, no era conveniente tener mujer ni hijos. Por eso siguió su camino solo, unido sí a los que como él, llevaban esa existencia dura e inestable del trabajo zafral. Tenía incorporado a su manera de ser esa concepción del compañerismo natural en todos los peludos. Era común oírle decir, refiriéndose a sus escasas pertenencias: "Aquí lo que hay no es mío, es de todos". Actitudes suyas separadas de esa concepción, sólo traducían un arranque de picardía, que rápidamente se apresuraba a desmentir con un viraje en sentido contrario.

El juego y la bebida, hábitos lamentablemente desarrollados en aquel medio, como consecuencia directa de la miseria, fueron también, durante un tiempo, inclinaciones suyas. La crítica de sus compañeros del Sindicato y la responsabilidad de su posterior militancia en el M.L.N. lo llevaron a eliminar esa costumbre.

Conocía al detalle la vida de los principales caudillos blancos del siglo pasado y los admiraba frecuentemente. Pero conocía también a los políticos que usan esas tradiciones para encubrir la defensa de otros intereses. Cuando en una oportunidad lo fueron a invitar para un acto organizado por uno de esos políticos, despidió sin más trámite a sus interesados visitantes. Él homenajeara a su modo a aquellos caudillos nacionalistas, usando a modo de almohada un libro sobre Saravia, del que nunca se separaba, conversando en los fogones sobre las luchas que llevaron adelante aquellos hombres. Una noche en que deambulaba por Paysandú con un compañero, llegó hasta la plazuela de Leandro Gómez y ensayó para su único oyente, una arenga enjundiosa sobre "Meu home", como él le decía.

Su conciencia de clase, que le permitía dar a las tradiciones históricas el verdadero valor que tienen, lo llevó a integrarse a la lucha de UTAA. Participó en la ocupación de CAINSA en 1961 y en las Marchas Cañeras de 1962, 1964 y 1965.

En su posterior integración al MLN fue ajustando su disciplina para la militancia revolucionaria. Participó en algunas acciones, demostrando decisión y coraje. En esa militancia no quiso nunca abandonar su medio natural; sus lugares de lucha fueron siempre el monte, el campo, el cañaveral, el pueblo.

Allí trabajó para la Revolución y allí murió la tarde del 23 de Marzo de 1969.

Estaba viviendo a monte, esperando el llamado para cumplir una tarea. Fue sorprendido en una estancia por una patrulla llamada por el patrón. La emprendieron a balazos sin darle tiempo a defenderse. Cayó herido de muerte, junto al monte que muchas veces fue su refugio. Esta vez sirvió para refugio de su arma, que allí quedó, esperando que otro la tomara. Sin otros testigos que sus asesinos, muy lejos de sus compañeros, murió Edelmar Ribeiro, el "Negro Veio". Murió humildemente, como un buen soldado de la Revolución.

RAFAEL SARACHAGA

Mucho se podría decir de la vida de un hombre de 55 años como el compañero Saráchaga. Mas aún es muy probable que muchos lo hayan conocido dada la multiplicidad de esferas en que actuó.

Pero hasta después de su muerte muy pocos conocieron a Saráchaga TUPAMARO, porque se llevó consigo ese secreto que hoy debemos romper para recordarlo.

Su vinculación al MLN producida a mediados del 68 fue sólo la culminación de toda una vida de luchador social. Integró anteriormente las corrientes renovadoras del partido Socialista, al que estuvo afiliado durante varios años. Antes había estado en muchos de los movimientos progresistas que por una u otra causa, nacional o internacional, se formaron en el país.

...Y si nos remontamos a 1936 podemos recordar al joven Saráchaga, brin

dando su solidaridad efectiva a los revolucionarios españoles.

Fue un revolucionario en todos los aspectos de su vida: en su hogar, en su trabajo. Padre de familia ejemplar, de espíritu tolerante y amplitud ilimitada para comprender y ayudar a todos, jamás dictó pautas a ninguno de sus tres hijos, tratando de que vivieran su propia experiencia y se formaran en ella.

En su trabajo como químico en una mutualista y en dos laboratorios menores, así como en su labor de ayudante de una cátedra de la Facultad de Química, se le conoció por su moral estricta y su honradez intachable.

El MLN recibió de él un sinnúmero de aportes de todo tipo: en ideas, en importantes conocimientos técnicos, en trabajos prácticos y hasta en dinero, a pesar de que su situación económica no fue nunca extremadamente desahogada.

Su compromiso con la organización fue integral, desde los últimos meses del 68 hasta su muerte ocurrida en abril de 1969, a raíz de un ataque cardíaco. Había sufrido ya dos infartos y su precaria salud no le impidió volcarse a la lucha revolucionaria, con el mismo optimismo con que encaraba todas sus actividades.

Su atractiva personalidad dejó un recuerdo imborrable en todos los que lo conocieron directamente, y algunas frases suyas, que constituyen toda una definición del espíritu de lucha de los militantes revolucionarios, quedaron incorporadas definitivamente a la vida del MLN.

Quizás en esas frases que de una u otra forma recibieron los nuevos militantes, reconstituyan para todos, desde la anécdota, la imagen de ese luchador incansable, de ese hombre de perenne espíritu juvenil, que a pesar de su edad fue renovador entre los renovadores.

Rafael Sárachaga, nuestro "Pepe Dinamita", será siempre ejemplo para todos los Tupamaros.

JORGE SALERNO

Recordar solamente la militancia de Salerno, que fue muy intensa y, para sus 25 años, también muy larga, sería escamotear la parte quizás más importante de su personalidad: su sentir profundamente humano, su sensibilidad por los problemas de todos los que tuvieron algún tipo de vinculación con él y su alegría sin límites.

Los dos aspectos se mantuvieron en él, siempre unidos.

Desde su ingreso a la Facultad de Agronomía en 1963 hasta su muerte el 8 de Octubre de 1969, jamás dejó de militar y jamás dejó de reír.

„TENDREMOS SU EJEMPLO PARA CAER CON LA MISMA DIGNIDAD, CON LAS MISMAS ARMAS, CON LA MISMA BANDERA, CON LA MISMA CONSIGNA.

En 1965 lo designan delegado estudiantil al Consejo de la Facultad, cargo que vuelve a desempeñar desde principios de 1967 hasta fines del año siguiente. También es, durante un tiempo, delegado de la Asociación de Estudiantes de Agronomía ante la FEUU e integrante de Comités de Movilización de ambas gremiales en varias luchas estudiantiles. Desde 1963 no estuvo ausente en ninguna de ellas. Y en todas contribuyó a construir ese aspecto jocoso con que el estudiantado ha enriquecido tradicionalmente su grito de protesta, eso que alguien llamó alguna vez, el ácido humor de los estudiantes. De cada período de lucha del movimiento estudiantil quedan en el recuerdo de muchos, una cantidad de hechos propagandísticos originales y canciones que reflejan los problemas políticos en un marco humorístico. En eso estaba Salerno, siempre creando, siempre encausando especialmente el aspecto político de fondo. Como inclinación personal, a parte de su contribución a ese "arte" informal del estudiantado, compuso algunas canciones serias, que cantaba a veces con su guitarra y que ahora se siguen escuchando en boca de artistas nacionales.

Contribuyó a la lucha del pueblo, desde el movimiento estudiantil, pero sus inquietudes no terminaron allí. Buscó también su camino en las organizaciones políticas. Fue uno de los fundadores de la Juventud Demócrata Cristiana y la integró

hasta 1967. No estuvo conforme con las salidas que podía ofrecer esa organización y decidió tentar otros rumbos. Pensó en todas las posibilidades de lucha revolucionaria, dentro y fuera del país. Desechó estas últimas, buscó vinculación con otras organizaciones políticas de nuestro medio, hasta que finalmente, en los primeros meses de 1969, se integró al MLN.

Vivió para la militancia, volcándole en ella todas las facetas de su personalidad y todo su esfuerzo. Concentrado en las tareas militantes, se despreocupó de muchas cosas personales, entre ellas de su propia salud. En 1968, una afección pulmonar producida por su vida desordenada, lo obligó a guardar cama durante dos meses. Al poco tiempo ya estaba enfrascado otra vez en la lucha, dejando a un lado las prescripciones médicas. En el trajín permanente, no fueron pocas las veces en que llegada la tarde, se daba cuenta de que se había olvidado de comer. Esa despreocupación fuera de la militancia tenía un límite muy preciso en su sensibilidad por la vida de los demás. Podía olvidarse fácilmente de las cosas cotidianas más elementales, pero no dejaba nunca de prestar puntual atención cuando alguien le planteaba un problema.

Por su militancia también restó tiempo y dedicación a sus estudios, en los que se manifestó algo inconstante.

Cuando murió, estaba cursando tercer año y preparando el concurso para un cargo de ayudante de la Cátedra de Genética, en la cual se desempeñaba como colaborador. Su pasaje por el MLN fue muy breve; se podría decir que fue solo la culminación de su vida militante. Estuvo unos meses realizando trabajos en el frente de masas e integró luego una célula con la que participó en una acción.

La Organización le dio la disciplina y el orden que le faltaban para encausar su esfuerzo desbordante. Se tenía fe para soportar la violencia del enemigo; ya la había aguantado a lo largo de su amplia experiencia de lucha estudiantil. Pero no es-

taba seguro de poder ejercer él esa misma violencia, por más que tenía bien clara la necesidad de hacerlo. Lo tomó como una limitación personal y se propuso superarla. La superó en la práctica, como se sobrepuso también a una limitación física heredada de su niñez, que le impedía ciertos movimientos en una pierna.

En la toma de Pando, su segunda experiencia de acción, cayó prisionero de las fuerzas represivas y fue asesinado cuando se rendía, desarmado, con los brazos en alto.

Jorge Salerno, el que fue "amigo de todos", el que nunca militó con la cara seria, dijo en una de sus canciones que la senda ya estaba trazada; la había marcado el "Che". Por esa misma senda él transitó y un 8 de octubre, igual que el heroico guerrillero latinoamericano, murió por la Revolución.

RICARDO ZABALZA

Nació el 26 de diciembre de 1948 en la ciudad de Minas. Era hijo de una familia acomodada; su padre, abogado y político, fue intendente del departamento y llegó a ocupar altos cargos en el gobierno de la República. De este modo la niñez y adolescencia del compañero Zabalza no estuvieron exentas de cierto tipo de privilegios. El hecho de ser "el hijo del doctor" le reportó una consideración especial en muchas de sus actividades, cosa que siempre le molestó y que trató de eliminar de todas formas.

Pasó esa etapa de la vida en su ciudad, donde cursó primaria y secundaria, y dedicó mucho tiempo a la práctica de deportes, alternando en clu

bes de fútbol y basquetbol como en el Zamora, Unión y Central. En su actividad estudiantil militó en la Asociación de Estudiantes "Eduardo Fabini", de la que llegó a ser presidente, como representante de una agrupación gremial de tendencia liberal.

Se trasladó a Montevideo en 1967, ingresó a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y muy pronto tuvo contacto con actividades estudiantiles nuevas para él. Las manifestaciones en la calle, con su tradicional secuela de represión, lo llevaron a sentir de cerca los fenómenos políticos. Hizo rápidos progresos y al cabo de muy poco tiempo, a principios de 1968, se vinculó al MLN.

El Movimiento venía desarrollándose a paso firme y comenzaba a hacer sus primeras grandes apariciones de propaganda armada. Desde el primer momento Zabalza volcó toda la fuerza de su juventud en el trabajo de la Organización.

Dejó las comodidades que le podía brindar su situación económica desahogada y puso a disposición de sus compañeros, todos los medios materiales a que tenía acceso.

La afectividad que le había hecho rodear de muchos y muy queridos amigos en la primera etapa de su vida, le reportó también el apremio sin límites de sus compañeros de la Organización. Nunca perdió esa cualidad; por el contrario, la desarrolló en cada momento, en el trabajo duro, en la acción, en las discusiones, cuando se planteaban problemas difíciles y cuando las tareas marchaban sin ningún tropiezo. Esa actitud afectiva hacia los compañeros estaba unida a una confianza absoluta en ellos. No concebía en nadie la más mínima desviación de su estricta concepción de la moral revolucionaria.

y junto a esa pureza de espíritu, demostró una elevada dosis de coraje, de iniciativa para la acción, aptitudes que ya puso de manifiesto en su primera experiencia en una operación armada. En esa oportunidad se planteó una situación imprevista, que el compañero Zabalza solucionó sobre el terreno, con total naturalidad.

Era siempre optimista, desde el momento en que se le señalaban los problemas y las tareas. No habían para él asuntos insolubles ni trabajos imposibles. Partiendo de ese optimismo inicial, encaraba todas las tareas con una severa responsabilidad.

Se educó en la práctica revolucionaria y tuvo siempre una inclinación determinante por la acción. No le entusiasmaban las discusiones políticas. A partir de un acuerdo en los principios y criterios generales, su inquietud mayor era actuar, hacer.

A través de su participación en varias operaciones, y del duro trabajo organizativo, fue desarrollando la mentalidad de combate que exigen los términos en que se plantea hoy la lucha revolucionaria.

Desplegando esa mentalidad de combatiente, cayó el 8 de octubre de 1969 en Manga, luego de la toma de Pando. Cubrió la retirada de un grupo de compañeros hasta que quedó sin balas, rodeado por las fuerzas represivas. Fue detenido y luego asesinado a mansalva por sus captores.

Para después de la acción en que perdió la vida, estaba previsto su acceso a un puesto de dirección del sector en que le tocó militar. Dejó un cargo vacío y muchos recuerdos gratos. Pero por encima de eso, dejó un espíritu de pureza y optimismo en su sacrificio, que trascendió el marco del MLN. Su tumba en el cementerio de Minas se convirtió en lugar de protesta de la Juventud, y, como contrapartida, en lugar de custodia para las

fuerzas represivas. Cumplido el asesinato, los verdugos se ven obligados a la estéril tarea de impedir la propagación de su ejemplo revolucionario.

ALFREDO CULTELLI

Militante de base del MLN desde los 17 años, maduro a pesar de su edad, valiente y disciplinado, Alfredo Cultelli cayó el 8 de octubre de 1969, asesinado por las fuerzas represivas.

Desde muy niño conoció de cerca la miseria. Acompañando a su padre, entonces edil socialista, tuvo contacto con las penurias y reclamos de la gente que vive en los conventillos y cantegriles de Montevideo y convivió durante un tiempo, en muy precarias condiciones, con los pescadores de la costa atlántica. En sus estudios liceales tuvo oportunidad de insistir en el estudio de esa realidad y más adelante, entonces por iniciativa propia, tuvo otras experiencias de trabajo sobre los mismos temas. Su interés por los problemas sociales se despertó así desde muy temprano y ya a los 15 años leía con avidez las obras de los pensadores revolucionarios.

Las luchas de los estudiantes de secundaria, le aportaron el contenido vivo del combate. Estuvo en ellas desde 1966, participó luego en la creación del Frente Estudiantil Revolucionario y cumplió con él una segunda etapa actuando en las movilizaciones de 1967 y 1968.

Hacia setiembre de ese último año comienza su militancia en la lucha clandestina, accionando en un principio junto a otros nuevos militantes del MLN y pasando, a principios de 1969, a integrar el aparato militar.

La Organización le dio una disciplina, que simló desde el comienzo y, a pesar de su excesiva juventud, se aplicó al trabajo revolucionario con madurez y responsabilidad. Veía ya su experiencia estudiantil como una etapa superada, pero reconocía en ella un aporte imprescindible para su formación. Su inclinación inicial por la teoría dejó lugar a una inquietud mayor por los problemas técnicos y militares, en los que siguió profundizando.

En julio de 1969 estaba entre los compañeros más capacitados de su sector. Asumió en ese momento funciones de responsabilidad al frente de un grupo de acción, demostrando iniciativa para resolver los problemas de funcionamiento que se plantean a diario en ese trabajo y una gran flexibilidad - nada común en un militante tan joven - en la aplicación de los criterios generales de la Organización.

Participó en varias acciones y mostró en ellas una particular serenidad, unida a la misma iniciativa que plasmó en su trabajo organizativo. Aquella tranquilidad para el combate era una proyección natural de su temperamento calmo, manifestado en la vida corriente de los locales clandestinos. Allí aportó su sencilla cordialidad y esa pachorra que lo caracterizó en todos los planos y que se transformó en desgano para ciertas tareas domésticas. Ese fue tal vez, el único aspecto de su actividad que le reportó alguna observación de parte de sus compañeros.

Pocos días antes de su muerte participó en un tiroteo contra fuerzas policiales, donde recibió un rozamiento de bala en la cabeza. Por su valentía en ese enfrentamiento se le asignó un arma muy codiciada por los militantes. Con ella cayó en los sucesos posteriores a la acción de Pando.

Era un muchacho sencillito, como tantos de los que hoy vuelvan sus inquietudes en los liceos, en las fábricas, en la enseñanza técnica, en la Universidad. Su rápida maduración en el seno de la lucha popular, su sacrificio por la Revolución, son el ejemplo más claro de lo que es capaz de dar esta juventud que emerge, en la actual coyuntura histórica, como una de las más valiosas reservas de nuestro pueblo. No pide para sí nada y aporta en cambio nada menos que su propia sangre por la causa revolucionaria.

INDALECIO OLIVERA

La Revolución tiene también un lugar de lucha para los religiosos. Indalecio Olivera, cura párroco del Reducto y Las Acacias, encontró ese lugar en las filas del MLN y murió en el combate el de noviembre de 1969.

Había nacido en Salto y llegó a Montevideo siendo un niño, en los primeros años de la década del 40. Comenzó su educación religiosa en la capital, con los padres salesianos. Se vinculó allí con un amplio grupo de jóvenes estudiantes que, como él, encaraban la tarea eclesial con un profundo sentido social. De esa generación de muchachos fueron muy pocos los que culminaron ordenándose sacerdotes. Entre esos pocos estuvo Indalecio, que se ordenó en Chile, en el año 1963, luego de cuatro años de estudios de Teología en ese país.

La preocupación por los problemas sociales y sus soluciones, fue una constante en todas las etapas de su vida. Esa inquietud le trajo no pocos problemas con los elementos conservadores de la orden salesiana. Durante sus estudios en Chile recibió objeciones de sus superiores en varias oportunidades.

Las rígidas normas administrativas de la institución dificultaban el cumplimiento efectivo de la labor social en que Olivera creía y que teóricamente estaban planteadas también para la orden religiosa. Fue observado una vez por utilizar una camioneta de la institución para transportar a un niño moribundo a un centro asistencial y otra vez, por atender con frazadas de la Orden a un niño afectado de pulmonía. En ambos casos la observación se basaba en que no había mediado la correspondiente anuencia de los superiores. Problemas como estos se repitieron a su regreso, por el contenido de sus sermones y por su prédica entre los vecinos de los lugares donde ejerció.

Trabajó en los talleres de Don Bosco, luego en la parroquia del Reducto y posteriormente en la parroquia de Pozzolo, barrio Las Acacias. En su largo pasaje por la vida de religioso, agotó todos los caminos dentro de su Orden, para llegar a cumplir plenamente sus deberes hacia la comunidad, concretados en el interés por los problemas de los más necesitados y su solución. En esa lucha estuvieron a su lado otros sacerdotes jóvenes, partidarios de las tendencias renovadoras que poco a poco han ido tomando cuerpo en todos los ámbitos de la iglesia uruguaya y latinoamericana. Pero en Olivera se habían operado cambios de opinión muy grandes, que impidieron la continuación de su sacerdocio.

Hacia julio de 1968 deja los hábitos y se dedica plenamente a la tarea revolucionaria. Se vincula al MLN y desarrolla en sus filas un profundo trabajo político, en el que su aplomo, su capacidad de persuasión típicos del sacerdote que había sido, fueron características permanentes. Tenía una desbordante capacidad de trabajo y la volcó enteramente al servicio de la Organización. Nunca se le veía descansar. Terminaba una tarea y comenzaba otra como corriendo una carrera contra el tiempo que finalmente resultaría para él muy corto.

Su trabajo continuo estuvo a punto de causarle serios problemas de salud, pero ni aún eso impidió que siguiera firmemente en sus tareas hasta el último día de su vida.

Participó en algunas acciones, desarrollando en ellas una elevada dosis de serenidad y decisión. Llegó a ocupar cargos de dirección media en el Movimiento y era ya un militante de primer orden cuando murió.

Su muerte se produjo en pleno centro de la ciudad, en un enfrentamiento con un agente de investigaciones, que también fue abatido. Salió con vida del lugar y un compañero logró hacerlo asistir en un hospital, pero los esfuerzos por salvarlo fueron inútiles.

Indalecio Olivera abrió en el Uruguay el mismo camino que otros sacerdotes latinoamericanos marcaron con anterioridad. Su sacrificio en la lucha revolucionaria será siempre un ejemplo para los militantes del MLN y para las tendencias avanzadas de la Iglesia, que día a día se vinculan con más pujanza a la lucha de los explotados, por construir una nueva sociedad sin miseria y sin injusticia.

FRENAN PUCURULL

"Ahora no me importa morir; si me salen le pongo el pecho a las balas". Así había dicho Fernán Pucurull luego de participar en la exitosa acción de expropiación de armas del Centro de Instrucción de la Marina, realizada por un comando Tupamaro. Tres días después, el 2 de junio de 1970, caía desarmado en una emboscada y era muerto de un balazo.

Tenía entonces 24 años. Nacido en Durazno, hijo de una familia de clase media, pasó la mayor parte de su vida en Montevideo, donde hizo los estudios secundarios e ingresó luego en la Escuela de Bibliotecaria. Comenzó allí su carrera militante, en la Asociación de Estudiantes de la Escuela, tarea que lo llevó a alternar como delegado en la FEUU y a participar activamente en las

luchas del movimiento estudiantil universitario.

Hacia fines de 1966 sus inquietudes políticas lo hacen vincular a la juventud del MRO, de la que es Secretario General en 1968. En junio de ese año tiene los primeros contactos con el MLN, luego de abandonar aquella organización política. Por ese tiempo había dejado una chacra, que trabajó en el departamento de Artigas y buscaba invertir el dinero de una herencia recién recibida, en la compra de otro predio para trabajar. Testimoniando su afán de servir a la revolución y su desinterés personal, puso a disposición de la Organización ese dinero. Compraron una chacra en Montevideo, adonde vino a trabajar en marzo de 1969, ya como integrante del MLN.

El impulso de su juventud, su espíritu rebelde, su admiración por el Che Guevara, cuyas obras leyó y releyó constantemente, se canalizaron en el trabajo humilde y duro de la chacra. Comenzaron a surgir allí las cualidades del revolucionario íntegro. Trabajaba hasta 12 horas por día, cumpliendo con perseverancia y sacrificio la tarea que tenía asignada. Se formó en el trabajo y en la acción y muy pronto se reveló como cuadro militante de primer orden.

Participó en varias acciones y accedió a tareas de responsabilidad, demostrando humildad y energía al mismo tiempo.

En la toma de Pando recibió un tiro cuando se estaba desarrollando la acción. Planteó a los compañeros que lo atendieron que no se hicieran problemas por él, si aún no habían terminado la tarea. Pudieron sacarlo con vida y estuvo dos horas desangrándose antes de llegar al hospital clandestino. Hubo que extirparle el bazo, pero se recuperó. Y al poco tiempo ya estaba otra vez trabajando al ritmo de siempre, con un despliegue de energías desenfrenado.

Estuvo a cargo de la construcción de un local, con un grupo de militantes nuevos. Cuando los otros compañeros se retiraban, él seguía en la tarea, hasta que oscurecía. A pesar de su corta militancia y de su excesiva juventud, estaba preparado para integrar los más altos organismos de dirección del MLN, siendo dirigente, actuaba en el trabajo físico a la par de los militantes de base, los impulsaba y los superaba. Sabía actuar con energía ante los problemas que se planteaban entre compañeros, solucionándolos en base a la autoridad que se había ganado con su capacidad y sacrificio militante.

Era un formidable organizador. Lo demostró en toda su trayectoria y fundamentalmente en su última acción la toma del CIM. Estuvo en la planificación general de la operación, en el planeamiento de los detalles más pequeños, y en la propia ejecución. Se encargó de la coordinación de varios grupos y comandó el suyo en la acción, con la serenidad y valentía de siempre. Debió improvisar sobre el terreno algunos detalles y así lo hizo, saliendo del lugar en último término, luego de su grupo.

Así fue la culminación de su militancia; quizás también la síntesis de su descollante actuación en el MLN.

Murió por su misma entrega a la Organización. Había que cumplir una tarea en un local que se había detectado por las fuerzas represivas. Él se arriesgó a ir y cayó en una emboscada tendida por el enemigo. Iba desarmado y no pudo resistir. Recibió un tiro en la garganta, cuando ya estaba a varias cuadras del local y allí se desangró.

El MLN perdió en él al joven dirigente y también al compañero afectuoso, al amigo cordial de todos los momentos. Alguien lo llamó alguna vez "nuestro pequeño Che Guevara" y podemos estar seguros de que no se equivocó.

ROBERTO RON

Cayó en la acción, el de octubre de 1970. Pudo haberse salvado, pero los esbirros de las fuerzas represivas lo dejaron morir, entre las ruinas del Bowling de Carrasco, luego que un comando tupamaro destruyera ese local de diversión de oligarcas nacionales y agentes norteamericanos.

Lo identificaron en principio por su ropa, la misma por la que lo habrían reconocido sus compañeros de trabajo, de estudio, de su militancia gremial o de su militancia en el MLN. Vestía correcta y modestamente y en ese rasgo se representaban muchos de sus importantes atributos personales. Callado, serio, respetuoso, disciplinado, meticoloso, responsable en todas sus obligaciones, cubría con un manto de sobriedad sus singulares valores que lo hicieron destacar en varias actividades, y lo condujeron hacia una evolución fulminea dentro de la Organización.

Trabajaba en una Ferretería y era a la vez un buen estudiante. Esas ocupaciones no le impidieron vincularse a la lucha gremial, en la que comenzó a participar desde que ingresó al segundo ciclo de enseñanza secundaria. Ya en la Facultad de Medicina, militó intencionalmente en la base de la Asociación de Estudiantes. Desde allí incidió en el gremio y estuvo con él en las luchas de los últimos años.

Ayudaba en los estudios a sus compañeros de militancia, dándoles clases de algunas materias que dominaba bien y se volcó hacia ellos con ese elevado concepto de compañerismo, tan arraigado en él.

Su singular capacidad de trabajo le permitía cubrir esos sectores tan variados de actividad, que incluían una serie de obligaciones familiares, como le permitió luego destacarse en la militancia dentro del MLN, sin descuidar sus demás actividades.

Ingresó a la Organización en abril de 1969, integrando en los primeros momentos un núcleo de nuevos militantes. Al cabo de un mes ya estaba en un grupo de acción, demostrando allí una férrea disciplina y seriedad en el trabajo. Llevaba la iniciativa, tanto en las discusiones teóricas como en la resolución de los problemas prácticos. Tenía una gran capacidad de sin tesis y en tal sentido constituía un elemento naturalmente ordenador e è impulsor de la marcha del grupo. Pronto se lo designó como responsable de una nueva célula, tarea que absorbió con total eficiencia, a la par que seguía en su trabajo del grupo de acción. Se reveló entonces como un eficaz organizador. Tuvo nuevas y cada vez mayores responsabilidades, y las cumplió a entera satisfacción. Un hecho sintetiza tal vez, los valores reunidos en la persona del compañero Ron: en todas las áreas donde actuó fue ejemplo para los demás militantes.

En la acción puso de manifiesto dos condiciones básicas: aplomo e inicia tiva. Participó en varias operaciones, entre ellas la liberación de las com pañeras de la cárcel de Mujeres el 8 de marzo de ese año.

Murió en el combate, comandando a su grupo en la acción del Bowling. Un accidente provocó la explosión anticipada de los artefactos colocados en el local y no tuvo tiempo de salir. Quedó con vida, encerrado bajo las rui nas del edificio, pero no le prestaron ayuda. Allí se extinguió su vida de militante ejemplar. Tenía solamente 21 años y era ya un valioso cuadro Tupamaro, que pudo haber realizado enormes aportes a la lucha revolucionaria. No pudo ser así. Pero su ejemplo, que sirvió en vida, seguirá sirviendo ahora para los que hoy ocupan su lugar en el combate.

CARLOS ANDRES LOPEZ

Era el hijo menor de una familia de posición económica modesta y alternó siempre sus estudios con el trabajo en la provisión de su padre.

A su ingreso en el segundo ciclo de secundaria, en el IAVA, empezó a actuar en el plano gremial, integrando hacia 1967 una agrupación estudiantil independiente.

Fue uno de los tantos integrantes del estudiantado que se formaron en medio de las movilizaciones del año 1968. Estuvo en las manifestaciones, enfrentando con coraje a las fuerzas represivas. Conoció el rigor de la prisión política en los cuarteles y sintió varias veces lo que es estar dentro de un furgón de la Metropolitana recibiendo palos.

Entonces trabajaba intensamente en el gremio y se había hecho querer en base a sus cualidades personales, por el conjunto de los compañeros que militaban a su lado. La lucha gremial lo fue haciendo evolucionar políticamente y muy pronto fue ordenando su vida en función de sus inquietudes por la lucha social.

A principios de 1969 se vinculó al MLN integrado a la actividad política, culminaron los cambios que se venían operando en su personalidad. Se reencuentró consigo mismo a través de la militancia, rechazando cada vez con más fuerza, ciertos aspectos de superficialidad que contuvo su vida anterior. Ma tuvo en cambio, su forma de ser alegre, que volcó ahora también en el círculo estrecho de sus compañeros de la célula clandestina. Tenía una adecuada formación política afianzada por la práctica gremial, pero su inmersión en la lucha social estaba cargada de un intenso contenido afectivo.

Con su físico casi privilegiado, su espíritu noble, y en base a esa capacitación en lo político, superó rápidamente su primer nivel de integración en el Movimiento.

Empezó a participar en algunas pequeñas acciones, que lo confirmaron como un ~~fundo~~ o cuadro de acción.

Dejó sus estudios y su militancia gremial a fines del 69. Se empleó como cobrador de una Sociedad Médica, al tiempo que su actuación en las filas ~~de~~ del MLN se inclinó hacia el aparato militar. Allí se manifestó su contracción al trabajo y su disposición para la acción. Participó en varias operaciones menores coadyuvantes con otras de mayor envergadura.

Desarrollando su tarea cayó el ~~de~~ de octubre de 1970, en el Bowling de Carrasco. Tenía sólo 21 años y las condiciones ~~más~~ básicas para dar muchos más por la lucha revolucionaria.

JUAN CARLOS LARROSA

La vivienda de su niñez fue un rancho de paja y terrón en una zona rural del Dpto. de Lavalleja, cercana al límite con Treinta y Tres. Compartió allí con sus padres y sus dos hermanos, las penurias propias de las familias que viven del trabajo asalariado en el campo. Su padre, que era esquilador, murió de tuberculosis, siendo muy joven. La familia se vio obligada a emigrar a Montevideo y el compañero Larrosa pasó a ser fundamental apoyo económico.

Aprendió el oficio de cortador zapatero y empezó a trabajar. Paralelamente hizo cursos de electrotecnia en la Universidad del Trabajo, que después abandonó a causa de su militancia.

Su trato con religiosos de Lavalleja había incidido en su formación y siendo ya un adulescente se hizo católico práctico. Se vinculó entonces a varias instituciones relacionadas con el catolicismo, entre ellas a los boy-scouts, donde realizó durante un tiempo considerable una tarea a la que aportó todo su interés.

Tuvo también alguna militancia, fundamentalmente electoral, en el PDC.

Ninguna de esas actividades, ni su posterior ingreso al MLN, le desprendieron en ningún momento de las obligaciones que había contraído con su familia, particularmente con su madre. Siguió en su trabajo de zapatero hasta el día de su muerte. Tampoco varió nunca de modo de ser; era retraído, taciturno. Por esa modalidad y por los rasgos algo asiáticos de su rostro, dulce y aparentemente sin expresión, sus compañeros de lucha lo llamaron "El Viet Cong".

Ingresó al MLN a principios de 1969, asumiendo entonces una serie de tareas generales. Hacia diciembre del mismo año pasa a integrar el aparato militar de la Organización. En enero participa por primera vez en una operación. Su evolución posterior es muy rápida. La serenidad que demostró en las primeras instancias, fue una cualidad básica sobre la cual la experiencia fue cimentando su formación.

Se destacó pronto por su contracción al trabajo militante al que dedicó sus mejores esfuerzos. Dio para la Organización todo lo que estuvo a su alcance, incluyendo en ello los menguados ingresos de que pudo disponer fuera de sus obligaciones familiares.

No era brillante en materia de análisis político y su carácter apocado lo llegó a limitar en la asunción de cierto tipo de tareas. Pero era un militante firme, conciente de los lineamientos generales de la lucha y sabía aplicar con absoluta precisión y en el momento oportuno, las medidas justas, adecuadas a las circunstancias.

Tuvo a su cargo tareas de gran responsabilidad dentro del sector en que actuó y las supo desempeñar a entera satisfacción. Tenía 24 años cuando encontró la muerte el pasado de octubre. Junto con otros dos compañeros fue sorprendido por un grupo de choque de la Guardia Metropolitana, cuando realizaban una acción.

Recibió un balazo en la espalda que le dejó impedido de moverse y luego de ser detenido lo remataron a sangre fría. Hacía poco más de un año y medio que integraba el MLN y en ese lapso había participado en más de 20 operaciones: una muestra de su actividad sin pausas en la causa revolucionaria.

EPÍLOGO

Eran así. Cada uno con sus facetas personales, sus defectos y sus virtudes. Todos ellos hijos de este pueblo, provenientes de sus más diversos sectores sociales y luchadores por su causa.

Otros militantes ocupan hoy los puestos de combate que ellos dejaron al morir. La lucha continúa y los tupamaros no olvidan a sus compañeros caídos. Antes bien, hemos contraído con ellos un compromiso que sólo se saldrá con la victoria.

Compañeros Pinella, Flores, Robaina, Ribeiro, Saráchaga, Zabalza, Cultelli, Salerno, Olivera, Pucurull, López, Ron, Larrosa.

LIBERTAD O MUERTE
CUMPLIREMOS

MOVIMIENTO DE LIBERACION NACIONAL
(TUPAMAROS)